

Martín Villa, y otros muchos

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es



La Transición consiguió cosas casi milagrosas. Fijense, en el Congreso se sentaron Santiago Carrillo y otros señalados líderes de la izquierda junto con parte de la élite franquista. Todos ellos, con mayor o menor entusiasmo, entendieron que era imprescindible alcanzar una democracia de corte occidental. Es decir, instaurar un modelo que triunfaba como ningún otro experimento político lo había hecho, algo que sigue siendo perfectamente válido por mucho que sean necesarios algunos cambios y no pocas correcciones. Aunque le pese a los debeladores del sistema: que no nos vengan con paraísos que se han demostrado y se demuestran inexistentes y, ante todo, atroces.

Pero hace algún tiempo que alguna izquierda quiere adoctrinarnos sobre la maldad del pacto nacional que fue la Transición, basado en la reconciliación y en mirar adelante sin perder de vista el pasado para no incurrir en las mismas aberraciones. Y como el tránsito del franquismo a la democracia fue, según aquellos, un fiasco, en consecuencia queda nuestra Monarquía Parlamentaria desacreditada, por heredera del franquismo. Y, por supuesto, la izquierda que avaló con su compromiso el paso pacífico a la plenitud democrática, no hizo sino claudicar. En consecuencia, nuestro sistema político no es sino un contubernio de fachas y de izquierdistas descafeinados. Y hay que remover todo para que, por una vez que conseguimos superar nuestros fantasmas históricos sin que corra la sangre, volvamos atrás.

Para ello hay que apuntar alto: contra la Monarquía y, de ahí abajo, todo lo que pueda ser desprestigiado debe ser objeto del pim, pam, pum; ya saben, una gota y otra, y otra, erosionan una montaña. Ahora, uno de los objetos de la ira es Martín Villa, al que algunos pretenden sentar en el banquillo aunque ya lo han condenado sin posibilidad de apelación. Y a un servidor le hierve la sangre, del mismo modo que le hervía cuando la derecha más extremada se empeñaba en sacar a colación Paracuellos (que vaya si existió, no hay que olvidarlo) aun

después de haber aparecido Carrillo, que nunca fue santo ni mi devoción, con la bandera nacional al fondo y aceptando el camino pacífico hacia la democracia. Aquí se está sembrando odio en pequeñas dosis. Y, como bien decía Richelieu, si no me equivoco, un incendio nace de una pequeña chispa. Algunos agitan enseñanzas pretéritas con ánimo de revancha: para ellos, estoy

convencido, el palo es más importante que la bandera.

Miren, Martín Villa, como Carrillo, trabajó por la libertad. Como tantos otros de ambos lados. Y, guste o no, aquí la democracia fue posible porque don Juan Carlos, con Fernández Miranda, Suárez y los representantes del pueblo español, que quería mayoritariamente incorporarse a la modernidad, arrimaron el hombro bajo la premisa de "nunca más", algo que necesitábamos con absoluta urgencia. En Zafra hemos sido testigos de cómo se quebraba la voz de don Rodolfo Martín Villa durante una conferencia en el Foro Zafrense, clamando porque nunca volviese a verterse sangre de españoles, como había proclamado una solemne declaración del Gobierno presidido por Felipe González con motivo del quincuagésimo aniversario de la Guerra Civil.

A ver si nos enteramos de que la Transición fue un gran invento, y dejamos de embestir contra lo que nos ha situado en la Europa posthitleriana, la del olvido de las guerras continentales, la del progreso económico y social, la del respeto a los derechos humanos. Déjennos de milongas. Cesen los profetas del desastre en su pasión de criticar a la hoguera porque quema poco, como decía Víctor Hugo, a los herejes que ellos mismos señalan: eso, como bien dice el escritor galo, es ser, lisa y llanamente, un ultra. Dejen de erigirse en los portadores únicos de la razón, de predicar que son los exclusivos representantes de la gente, de exigir que desaparezca la derecha. Eso, tan feo, los emparenta directamente con los tiranos. Déjennos convivir en paz y con respeto. No tallen ruedas de molino, que son de pésima digestión. Y no olviden que, por mucho barniz que se pongan, no es posible disimular el grano de la madera.